



La chica pájaro

Paula Bombara



www.normainfantilyjuvenil.com/ar

Bombara, Paula

La chica pájaro / Paula Bombara ; coordinación general de Laura Linzuain ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Leibiker. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2019.

176 p. ; 21 x 14 cm. - (Zona libre)

ISBN 978-987-545-842-0

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Linzuain, Laura, coord. II. Leibiker, Laura, dir. III. Título.

CDD A863.9283

© Del texto, Paula Bombara, 2015

© Editorial Norma, 2015

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: abril de 2015

Segunda edición: julio de 2019

Impreso por SPC Impresores

Impreso en Bolivia – Printed in Bolivia

Septiembre, 2019

Dirección editorial: Laura Leibiker

Coordinación de la segunda edición: Laura Linzuain

Coordinación de la primera edición: María Luisa García

Edición: Laura Leibiker

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61089302

ISBN: 978-987-545-842-0

A mamá.

Por los libros, por la música, por el arte.

Por los cielos abiertos, por los abrazos.

¡Si diera el salto! Y no cayera,
como una piedra, sino como un pájaro.
¡Si se descubriera navegante de lo ilimitado!
La llegada a la escritura, Hélène Cixous.

Un saco azul, un vendaval,
un corazón y un plan fugaz.
Es todo lo que tengo y es todo lo que hay.
Es todo lo que tengo y es todo lo que hay, Lisandro Aristimuño.
Crónicas del viento, capítulo I.

Cero

De pronto, Mara ve su oportunidad y abre la puerta del auto.

Sale corriendo sin mirar los semáforos y cruza la avenida.

El auto queda detenido. Eso la salva y le regala minutos. Eso hace posible el escape.

Mara corre y entra en la plaza.

Ahora todo depende de ella.

Uno

El lugar donde todo transcurre

Una plaza de ciudad.

No importa la ciudad. Tampoco importan, en el fondo, ni el paisaje ni la arquitectura de la plaza. Podemos verla borrosa.

Importan, sí, cuatro elementos:

- un árbol poblado de hojas, de corteza oscura, que raspe, de ramas para trepar, altas, cómodas;
- un banco típico de plaza, de cemento, de madera, de metal. Es importante que este asiento se ubique cerca del árbol. Cerca de tal modo que permita ver el árbol en su plenitud tanto en invierno como en verano, en la noche y en el día;
- un camino que lleve hasta la calle, que traiga desde la calle, que pase delante del árbol, delante del asiento, y que siga hasta terminar en el otro lado de la plaza donde hay...

- ... un edificio en construcción con la efervescencia de un hormiguero.

Un árbol. Un banco. Un camino. Una construcción. Cosas que se pueden encontrar en una plaza cualquiera, de cualquier ciudad.

Dos Leonor

Tiene más de setenta años, tal vez pase los setenta y cinco. Es delgada. Usa el pelo largo, blanco, atado hacia atrás, en una trenza de pocos cabellos. No llama la atención, pasa fácil entre las personas. Si quiere puede volverse invisible.

Está acomodando sus cosas en el asiento de la plaza cuando escucha los sonidos que produce alguien que se acerca corriendo, esos roces de la ropa, esa agitación. Levanta los ojos y ve a una joven tomar el camino central de la plaza para ir hacia el árbol.

La chica corre. Leonor observa que sabe cómo correr para que el aire no se le acabe, para que el cuerpo haga lo que tiene que hacer y solo eso y todo eso.

Colgada en su espalda, la mochila cargada se aprieta y pesa. Está ajustada pero aun así oscila, se mueve.

La chica corre concentrada en correr.

La chica huye.

Eso es lo que piensa Leonor. Y no dice nada cuando ve que la carrera se detiene un instante frente al árbol para hacerse salto.

Ahora ve cómo trepa, ve que se pierde entre las ramas.

La respiración de la chica llega a los oídos de Leonor. No ha pasado ni un minuto cuando siente la frenada de un auto.

Un chico baja, es alto y fornido pero quizá ni llegue a los veinte años; se escucha la puerta batida con fuerza.

Él no corre, es de la clase de hombres que no necesitan correr. Camina. Pisa con urgencia. Rastrea apretando los puños. Está alterado.

Busca. Recorre la plaza. No encuentra. Ese no parece un hombre hecho para detenerse y buscar. Leonor se pregunta si la chica del árbol sabrá eso.

En las alturas todo es quietud.

La mujer permanece en el banco de la plaza hasta que el chico vuelve a su auto, arranca y se va. Mira hacia el follaje, busca rastros de la chica; no la ve pero siente que se mueve. Sin embargo, no se acerca.

Termina de acomodar sus cosas y también se va. No sabemos adónde.

Tres

El auto da una vuelta a la manzana y retoma el camino por el que llegó.

Mara se sienta en la rama del árbol.

Respira por la nariz. Aún está agitada. Respira hondo.

Su espalda, apoyada en el tronco, con la mochila puesta, se mueve hacia arriba y hacia abajo.

Sus piernas, antes recogidas, ahora se estiran y caen a ambos lados de la rama.

Cierra los ojos, los abre. Se acomoda el pelo. Respira.

Saca el celular del bolsillo. Está apagado. Lo enciende, llama a su mamá. Le dice que no volverá por unos días, que no se preocupe, que está con amigas. La madre protesta pero ella corta y apaga el celular.

Luego de un rato se quita la mochila de la espalda y la abre.

Un cielo es lo que lleva ahí.

Lo saca y lo agita. Lo cuelga en la rama para cerrar la mochila y acomodarla contra el tronco.

Del mismo modo en que se colocaría una bufanda o un pañuelo, asegura su tela alrededor de la rama. Luego, con un movimiento de brazos, hace un nudo y la deja caer.

Se trata de una tela muy larga, turquesa, ambos extremos llegan al piso. Sin que pueda percibirse duda, Mara se cuelga de ella. Brazos contraídos. Rodillas al pecho.

De a poco, estira el cuerpo y con los pies encuentra el nudo. Allí se para.

Sus brazos descubren el hueco que la tela ofrece. Su espalda se curva y abre el espacio. Un nido.

Allí se mete.

Desde adentro, recoge con rapidez los faldones de tela que caen. Los acomoda para que sean uno su manta, otro su almohada.

Así se queda.

En el árbol pareciera haber nacido un fruto que, aunque gigante y deforme, apenas se ve de lo alto que se encuentra.